

LA ETICA DE BONHOEFFER (1)

Dietrich Bonhoeffer nace en Breslau, el 4 de Febrero de 1906, es miembro de una familia de la alta burguesía alemana de la mejor tradición luterana. Por la parte de su madre, Paula von Hase, es heredero de una tradición de teólogos que podemos calificar como "comprometidos". Cursa estudios teológicos en Tubinga, decide hacerse pastor y, más tarde, ejercerá su ministerio. El haberse comprometido en una resistencia decidida frente al régimen nacionalsocialista fue la causa de que muriese ejecutado por la S. S. en Flossenburg, el 9 de Abril de 1945.

Aunque el libro que reseñamos aparezca bajo el título de *Etica*, su contenido no responde a un tratado sistemático de moral al uso corriente, perfectamente elaborado y acabado por el autor mismo. "La *Etica* de Bonhoeffer no se puede tomar como un todo. Es sencillamente un conjunto de esbozos, de pensamientos, de ideas, que más tarde se habrían desarrollado y completado. Sin embargo, en la misma limitación de la *Etica* de Bonhoeffer se encuentra su mayor validez; nos encontramos ante un pensamiento fresco y original que reflexiona de acuerdo con el pensamiento presente y que no busca escabullirse detrás de compromisos ideológicos partisanos" (2). Más aún: "comprender la *Etica* de Bonhoeffer como un todo formalmente acabado es, en realidad, desfigurar el pensamiento del autor a quien sorprendió la muerte en plena realización de su obra. Sin embargo, existe un principio que permite una hermenéutica del proyecto ético bonhoefferiano: la realidad de la noche oscura alemana de la época hitleriana que Bonhoeffer vivió con toda la intensidad de su espíritu lúcido y profético, materialmente sobrepasado por los acontecimientos históricos inmediatos. A pesar de lo trágico de esta situación, en la obra de Bonhoeffer hay la firme esperanza de una mañana mejor" (3).

Aquí apuntaremos únicamente alguno de los temas más salientes de *La Etica* de Bonhoeffer, que, aunque no sea compartida en todos sus puntos, sí merece ser conocida.

(1) D. BONHOEFFER: *Etica*. Editorial Estela, Barcelona 1968, 289 pp.

(2) LUIS DUCH: *Presentación a la edición española*, p. XXVI.

(3) Id. p. XXX.

1.—*El fin de la Etica*

La meta que la Etica tradicional se había fijado, piensa Bonhoeffer, era la de dar fundamentalmente respuesta a estas preguntas: ¿Qué es el bien y qué es el mal? ¿Cuál es el criterio para discernir entre el bien y el mal moral? ¿Qué actos son buenos, cuáles malos y por qué? Su propósito era conocer y establecer la línea divisoria entre el bien y el mal. Pero, a este propósito es al que, en primer lugar, debe renunciar una ética cristiana. "Parece ser que la meta de toda reflexión ética es el saber del bien y del mal. La Etica cristiana tiene su primera misión consistente en eliminar este saber" (4).

En este afán por el saber del bien y del mal está precisamente uno de los males de la Etica, la causa de la división interna del hombre, porque ese saber le lleva a entenderse a sí mismo como el origen del bien y del mal, a substituirse a Dios. "En lugar de limitarse a saber al Dios bueno para él, ahora se sabe a sí mismo como origen del bien y del mal; en lugar de dejar que recaiga sobre él la elección de Dios, se quiere elegir él mismo, ser origen de la elección, por consiguiente es de alguna manera portador en sí mismo del misterio de la predestinación. En vez de saberse solamente en la realidad del ser elegido y amado de Dios, debe saberse ahora en la posibilidad de elegir ser origen del bien y del mal. Se ha hecho como Dios. Pero contra Dios. En esto consiste el engaño de la serpiente. El hombre sabe lo que es bueno y lo que es malo, pero como él no es el origen, el bien y el mal que él sabe no es el bien y el mal de Dios, sino el bien y el mal contra Dios. Se trata del bien y del mal de la propia elección contra la eterna elección de Dios. En cuanto antidiós el hombre se ha convertido en Dios" (5).

El elemento que introduce la división del bien y del mal, que pervierte la relación del hombre con Dios y con los demás, es la conciencia, para la que la vida se divide exclusivamente en lo permitido y lo prohibido. "Hace que la relación con Dios y con los demás hombres nazca de la relación del hombre consigo mismo. La conciencia se presenta como la voz de Dios y como la norma de relación con los demás hombres. Por consiguiente, de la recta relación consigo mismo, el hombre debe recuperar la correcta relación con Dios y con el hombre. Esta perversión es la pretensión del hombre equiparado a Dios en su saber sobre el bien y el mal" (6).

Por consiguiente, esta meta que la Etica perseguía, debe ser abandonada, si no quiere quedar reducida a una moral farisáica: el esfuerzo y el querer poner y dirigir la vida propia conforme al saber personal sobre el bien y el mal, es el distintivo más acusado del fariseo. "El fariseo es el hombre digno de la máxima consideración,

(4) *Etica*, p. 9.(5) *Ibid.* p. 10.(6) *Ibid.* p. 14.

que sitúa su vida entera bajo su saber sobre el bien y el mal, por tanto es duro juez tanto de sí mismo como del prójimo —para gloria de Dios—, a quien agradece humildemente este sacrificio. Para el fariseo todo momento de la vida se convierte en situación de conflicto, en la que tiene que elegir entre el bien y el mal. Para no faltar, todo su pensamiento está orientado tensamente de día y de noche a meditar en la inmensa cantidad de posibles conflictos que tiene que prever, a fin de llegar a una decisión y establecer su propia elección. En todo ello hay que observar innumerables aspectos, hay que rechazar cosas, distinguirlas. Cuanto más finas las distinciones, tanto más segura la decisión correcta" (7).

En un plano bien diferente se encuentra la norma de conducta de Jesús. No habla ni dirige su vida desde su saber sobre el bien y el mal, sino desde su unión con Dios, que supone la superación de la separación del hombre respecto de Dios a causa de su saber sobre el bien y el mal. Jesús "habla" partiendo de una libertad total, que no está ligada tampoco a la ley de las alternativas lógicas. Esta libertad con la que Jesús deja tras de sí todas las leyes, debe parecer a los fariseos destrucción de todo orden, de toda piedad, de toda fe. Como Jesús arroja al montón todas las distinciones tras las que el fariseo se esfuerza concienzudamente, como Jesús permite que sus discípulos coman en sábado las espigas del campo, aun cuando no estuvieran muertos de hambre, como cura un enfermo en sábado, que desde hacía dieciocho años estaba enfermo y que sin duda había podido esperar un día más..., como Jesús elude todas las cuestiones claras, que le son planteadas siempre; por esta razón para los fariseos es un nihilista, un hombre que solo conoce su propia Ley y la toma en cuenta, un ególatra, un blasfemo de Dios" (8).

Por otra parte, esa libertad total que sitúa a Jesús por encima de las distinciones, alternativas y situaciones de conflicto en que vive el fariseo, no se identifica con la arbitrariedad, antes bien consiste en el cumplimiento de la voluntad de Dios. "La libertad de Jesús no es la arbitraria elección de una de las innumerables posibilidades, sino que consiste precisamente en la total sencillez de su acción, para la que nunca hay muchas posibilidades, conflictos, alternativas, sino siempre sólo una cosa. Esta cosa única Jesús la llama voluntad de Dios. Llama alimento suyo el hacer esta voluntad. Esta voluntad de Dios es su vida. Vive y obra partiendo de la voluntad de Dios y no del saber sobre el bien y el mal. Sólo hay una voluntad de Dios. En ella se ha recuperado el origen, en ella se funda la libertad y la sencillez de toda acción" (9).

Por eso, será necesario un examen serio y constante para encontrar esa voluntad de Dios, porque no siempre aparece clara, ni se

(7) Ibid. p. 16.

(8) Ibid. p. 18.

(9) Ibid. p. 18.

llega a élla con facilidad, ni está manifiesta en principio alguno universalmente válido, sino que se manifiesta en forma nueva en cada caso, en cada situación. (Comienzan a despuntar de esta manera los supuestos de la "Ética de situación"). "No se ha dicho en absoluto que la voluntad de Dios se imponga sin más al corazón del hombre, caigada con el acento de su exclusividad, que sea una cosa evidente y que se identifique con lo que piensa el corazón. La voluntad de Dios puede permanecer profundamente escondida entre muchas posibilidades que se ofrecen. Como tampoco es un sistema de reglas establecido de antemano, sino que en las diversas situaciones de la vida es nuevo y diferente en cada caso, por eso es por lo que hay que examinar constantemente cuál es la voluntad de Dios. En este examen tienen que colaborar el corazón, la inteligencia, la observación y la experiencia. Precisamente porque se trata no ya del propio saber del bien y del mal, sino de la voluntad viva de Dios; precisamente porque no está a disposición del hombre, sino que estriba en la gracia de Dios, el conocer su voluntad y precisamente porque esta gracia es y va a ser nueva cada mañana, por eso hay que tomar en serio este examen de la voluntad de Dios. No se puede confundir con la voluntad de Dios ni la voz del corazón, ni cualquier principio universalmente válido, pues esa voluntad de Dios se manifiesta nuevamente al que la examina en cada caso" (10).

2.—*No una Ética teórica, sino una Ética de la acción y del amor.*

Otra deficiencia de la Ética tradicional es el de ser una Ética teórica, abstracta, de principios y normas concebidas como universalmente válida. El esfuerzo por construir una Ética de esta índole, teórica y abstracta, cuya finalidad fuese buscar y determinar los principios o normas universales e invariables del obrar, a las que, luego, deberá ajustar su conducta el hombre, pudo quizás tener sentido y valor en otra época y en otras circunstancias, pero ya no lo tiene hoy. "Pocas veces se habrá sentido tan desinteresada por una ética teórica y programática una generación como la nuestra. La cuestión académica de un sistema ético se presenta como la más supérflua de todas las cuestiones. La razón de esta actitud no estriba por ejemplo en una indiferencia ética de nuestro tiempo, sino precisamente al revés en una presión, nunca antes conocida en la historia occidental, causada por la plenitud de las realidades de las cuestiones éticas concretas. El problema ético, en su aspecto teórico, pudo ser interesante en una época en la que la firmeza de las instituciones de vida existentes toleraba, a lo más, los pecadillos ocultos de la flaqueza humana y se sustraía al criminal a las horrorizadas y compasivas miradas de la sociedad, tratándolo como a un anormal" (11).

(10) Ibid. p. 23-24.

(11) Ibid. p. 43.

Por otra parte, Cristo, ideal y verdadero ejemplar de una ética cristiana, no enseñó nunca una ética abstracta e invariable, que hubiese que practicar a toda costa. "Cristo no fue esencialmente maestro, legislador, sino hombre, hombre real como nosotros. Por eso mismo no quiere que nosotros seamos en nuestro tiempo discípulos, representantes o defensores de una determinada doctrina, sino hombres, hombres reales ante Dios. Cristo no amó, como ético, una teoría sobre el bien, sino que amó al hombre real. No tuvo interés como un filósofo en lo que es universalmente válido, sino en lo que sirve al hombre real y concreto. No le preocupó el saber "si la máxima de una conducta se puede convertir en el principio de una legislación universal" (Kant), sino si mi conducta ahora ayuda al prójimo a ser hombre ante Dios... No se puede ni se debe decir qué es lo que es bueno de una vez para todas, sino cómo adquiere forma Cristo entre nosotros hoy y aquí" (12).

Esta ética teórica, abstracta, de principios, ha de ser substituida, por consiguiente, por una ética más concreta y humana, por una ética de la acción y del amor. La actitud correcta del hombre ante Dios no es más que la acción. "Es claro que la única actitud adecuada de los hombres ante Dios es la acción de la voluntad. El sermón de la montaña existe para que se realice. Sólo en la acción tiene lugar la sumisión a la voluntad de Dios. En la acción de la voluntad de Dios el hombre renuncia a todo derecho propio, a toda justificación propia, en la acción se entrega humildemente al juez generoso. Si la Sagrada Escritura insiste tan urgentemente sobre la acción, lo hace porque quiere apartar del hombre toda autojustificación ante Dios, que está basada en el propio saber sobre el bien y el mal" (13). Igualmente, la actitud correcta ante la ley no es juzgarla, sino realizarla. "Hay dos actitudes frente a la Ley: el juzgarla y el ejecutarla, la acción; ambas se excluyen mutuamente. El que juzga interpreta la ley como criterio que maneja contra los demás, y se interpreta a sí mismo como aquél ante quien es responsable del cumplimiento de la Ley; con esto el juzgador se sitúa por encima de la Ley. Olvida que solamente "hay un legislador y juez, que puede salvar y condenar" (Sant. 4,12). El que en virtud de su saber de la Ley acusa o juzga a su hermano, acusa y juzga en verdad a la Ley misma; pues desconfía de que posea la fuerza de la Palabra viva de Dios, para realizarse a sí misma y tener validez. Al hacerse a sí mismo juez y legislador desvirtúa la Ley de Dios. Así se origina la incurable separación entre saber y acción. El que en virtud de su saber de la Ley se erige en juez de su hermano y finalmente en juez de la Ley, ya no cumple la acción de la Ley, aunque parezca hacerlo. El realizador de la Ley —a diferencia de su juez— se somete a la Ley; la Ley no se convierte jamás en criterio que podría manejar contra su hermano, nunca

(12) Ibid. p. 58.

(13) Ibid. p. 27.

se encuentra con él la Ley sino cuando le llama personalmente a la acción. Incluso frente a su hermano que peca, para el realizador de la Ley hay una sola posibilidad de hacer válida la Ley, sencillamente cumplirla... la acción es y sigue siendo el único proceder exclusivo frente a la Ley de Dios; toda otra actitud destruiría totalmente la acción y la transformaría en una apariencia, en una hipocresía'' (14).

Una vez más, la norma de Jesús no fue juzgar, sino la acción y el amor. "El bien a que Jesús se refiere consiste totalmente en la acción, no en el juzgar. Juzgar a los demás hombres significa siempre detenerse en la propia acción'' (15). "No son los ideales, los programas, no es la conciencia, la obligación, la responsabilidad, la virtud, sino exclusivamente el amor perfecto de Dios el que puede encontrarse con la realidad y vencerla'' (16).

3.—*Estamos ante una "Ética de situación"*.

Teniendo en cuenta el contenido de los textos citados en los anteriores apartados, no parece aventurado colocar el pensamiento ético bonhoefferiano dentro de las tendencias de una nueva ética, que se ha llamado "Ética de situación". Esta nueva ética se resiste a aceptar la idea de unos principios universalmente válidos, no porque dude o niegue su existencia o su valor, sino porque considera que no son adecuados para dirigir la vida concreta del hombre, que vive en situaciones siempre diferentes y cambiantes, al menos no los admite como la norma *decisiva* del obrar humano.

Prefiere, por consiguiente, hablar de una norma que estaría en el hombre, que sería cierta *luz interior*, cuya naturaleza no se explica, pero que permite al hombre concreto, partiendo de una recta intención, de una perfecta sinceridad y de una confianza plena en Dios Padre, decidir, según las distintas situaciones, qué es lo que se ha de hacer o dejar de hacer. Esta decisión puede estar de acuerdo con lo que prescriben las normas objetivas tenidas como universalmente válidas, pero puede también no estarlo. En este último caso, no se trataría de un juicio erróneo de conciencia, sino de una decisión con verdadera honestidad objetiva.

Ahora bien, ideas muy similares abundan en la Ética de Bonhoeffer. "Nuestra cuestión —escribe— no se refiere a lo que es bueno en sí, sino a lo que es bueno bajo el supuesto de la vida dada y lo que es bueno para nosotros que somos seres vivientes. Por consiguiente, interrogamos por el bien no prescindiendo de la vida, sino entrando en ella. La cuestión sobre el bien pertenece a nuestra vida, como

(14) *Ibid.* p. 28.

(15) *Ibid.* p. 19.

(16) *Ibid.* p. 47.

nuestra vida pertenece a la cuestión sobre el bien. En medio de la situación de nuestra vida, situación determinada y sin embargo no concluida, irrepetible y sin embargo fluctuante, en medio de las vinculaciones vitales a hombres, cosas, instituciones, poderes, es decir en medio de nuestra existencia histórica, se plantea la cuestión sobre el bien y se decide. La cuestión sobre el bien ya no se puede separar de la cuestión sobre la vida, sobre la historia" (17). Y más adelante : "Es una de las grandes ingenuidades —más exactamente : estupideces— de los tratadistas de ética, el pasar por alto corrientemente (que lo ético tiene su tiempo y lugar determinados) y partir de la ficción de que cada momento de su vida el hombre tiene que hacer una elección última e infinita como si todo momento de la vida debiera ser una elección consciente entre el bien y el mal, como si ante toda actuación del hombre se encontrara un anuncio "permitido" "prohibido" escrito con caracteres claros por una policía divina, como si el hombre tuviera que hacer ininterrumpidamente algo decisivo, lograr un fin elevado, satisfacer una obligación definitiva. Se trata del desconocimiento de la existencia humana histórica, en la que todo tiene su tiempo : comer, beber, dormir, así como tomar decisiones conscientes y actuar, trabajar y descansar, lograr un fin y vagar sin objeto, satisfacer obligaciones, seguir sus tendencias, esforzarse y jugar, negarse y gozarse. Es el arrogante desconocimiento de este existir creado, el que ha de impulsar a la hipocresía más engañosa o al error, el que hace que el tratadista de ética se convierta en un espíritu atormentado, peligroso, y en tirano, en loco y en figura trágica" (18).

Conclusión

Estas reflexiones han tenido por meta presentar la edición española de la Etica de Bonhoeffer, no recoger en forma exhaustiva su pensamiento ético variado y rico en matices, ajeno, por otra parte, a cualquier sistematización. Es de justicia reconocer la difusión que han alcanzado las ideas del autor (19), el influjo que han ejercido y siguen ejerciendo en el pensamiento y en la vida moral de gran parte de occidente.

Uno de los atractivos principales de esta ética probablemente se encuentre en la repulsa sistemática de todo convencionalismo, de toda teorización, para acercarse única y exclusivamente a la vida real y a sus problemas concretos. Su firme propósito de apartarse de todo

(17) Ibid. p. 149.

(18) Ibid. p. 186.

(19) Uno de los libros que últimamente ha tenido mayor éxito editorial ha sido el de el obispo anglicano de Woolwich, DR. JOHN A. T. ROBINSON : *Honest to God* (Sincero para con Dios, en versión española de Ediciones Ariel). No es más que la difusión de las ideas de varios autores, entre otros de Bonhoeffer.

lo que pudiera parecer una "ética de evasión" y acercarse, lo más posible, a una "ética del compromiso".

Los reparos que se le pueden hacer, son los que tantas veces se han hecho ya a la nueva ética, llamada "Ética de situación". De ella escribe con razón Aranguren: "La llamada "ética de la situación" consiste en una colosal exageración. Para que el hombre, cada hombre, hubiese de inventar en cada caso y por sí solo lo que va a hacer, sería menester concebirle siempre como un primer hombre, reiterado Adán, incapaz de aprender nada de los demás y ni siquiera de sí mismo, por su propia experiencia y memoria, totalmente acultural y, sin embargo, puntualmente genial" (20).

J. A. LOBO, O. P.

(20) *Ética y Política*. Ediciones Guadarrama, Madrid 1963, p. 22.